

Juan Carlos Ortega

OPTIMISMO RADICAL

Prólogo:
Giuseppe Domínguez

Cuadernos del Laberinto



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n°59—
MADRID • MMXVI

De la obra © : JUAN CARLOS ORTEGA

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de la cubierta © Valentina Photos
Fotografía del autor en la solapa © BEATRIZ FISAC RODRÍGUEZ DE GUZMÁN
Prólogo © GIUSSEPPE DOMÍNGUEZ

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Abril 2016

I.S.B.N: 978-84-945357-9-6

Depósito legal: M-14127-2016

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A Beatriz
y a nuestro hijo Daniel.*

Cuadernos del Laberinto

PRÓLOGO
(Por Giuseppe Domínguez)

*Este es un poema
para todos los que se atrevan a sentir.*

Así comienza uno de sus poemas y así he decidido comenzar este prolegómeno. Podríamos sustituir en él la palabra poema por la palabra libro y veríamos que es toda una declaración de intenciones, requisito exigente pero también oferta, propuesta, obsequio; regalo sencillo y vital, regalo íntimo y serio, pero alegre y divertido, divertido de diverso, este es un libro para todos los que se atrevan a sentir, a leer, a jugar, a amar, a vivir, este es un libro para ti.

Juan Carlos Ortega entiende la poesía como ese lugar donde guardar recuerdos, vivencias, herramienta para aprehender el mundo, y al tiempo juguete y varita mágica con la que construir nuevas experiencias, telescopio para explorar el universo, puzle, siempre puzle. Como sabe que este instante presente nunca volverá, ansía fijarlo por escrito. Para este autor la poesía no es una entelequia, sino tangible manifestación de su forma de estar en el mundo.

En el poemario mezcla poemas que parecen crónicas periodísticas, como el del asesinato hasta que el crimen es de la monotonía, en una alusión al Spleen de los escritores postparnasianos, con poemas de amor, experimentos, confesiones, poesía social, humor, erotismo, poética...

Su humildad omnipresente es casi falsa modestia pues aunque afirma que es solo un pequeño poeta sabe perfectamente que para la poesía el tamaño no importa. Nos cuenta

que «Lo mío es un poco más modesto» sin dejar de ser muy ambicioso, pues pretende celebrar la vida cotidiana y real, no la fantasía whaltdisneiniana, sino la victoria de la poesía transformadora del mundo a través de la mirada y la actitud, de la coherencia y el compromiso con el trabajo de escritor, superando incluso la venganza de las palabras hasta reinventarlas, se las apropia y nos las regala convertidas, vertidas, en versos, de universo.

Juega con las palabras, como si fuesen su diversión principal (*suced*er u *ocurrir*) de manera lúdica pero ejemplificando, pedagógicamente, pues en su poesía se aprecia vocación educadora, pero, como buen profesor, también aprende mientras escribe, dejándose sorprender hasta por sí mismo, llegando a conformar algunos que parecen trabalenguas pero siempre, incluso en esos juegos experimentales, es intachablemente correcto gramatical y ortográficamente hablando, lo que es muy de agradecer en estos tiempos de descuido y laxitud procedente del escaso valor que se le confiere a la forma, pero para un poeta, un escritor consciente, un profesor, sin forma no hay contenido.

Sustituye una palabra por otra (muerte por esposa, por ejemplo) para obtener un sentido nuevo, surreal, pero de esa sobre-realidad anhelada por aquella lejana vanguardia que bien conoce Juan Carlos, pero superada, poeta del siglo XXI produce cambios desde lo racional y el intelecto, sin dejar de estar imbuido de corazón. Corazón que trabaja como trabaja un corazón poético, a ritmo incansable imparable, a catorce latidos por soneto, a once contracciones por verso, sístoles diástoles sin fin. Vive como poeta agarrado a las palabras hasta ese final sin cesar de hacer poesía.

En muchas ocasiones whitmaniano, se acomoda a la poesía contemporánea de raíz norteamericana, sin despren-

derse de su mirada de índole europea y, como Whitman, apela a vivir apurándolo todo, intensamente. Este optimista radical (*el optimismo siempre es radical*) nos invita a disfrutar la vida todos y cada uno de los días, hasta que llego a imaginarlo como ese *Carpe Diem* del profesor interpretado por Robin Williams en aquella película titulada *El club de los poetas muertos*. Nos llama constantemente a la atención, a la escucha activa y a vivir una vida plenamente consciente: Consciencia de la muerte como todo poeta que se precie porque la aceptación de la vida es también, según sus propias palabras, aceptación de la muerte. Y si la muerte está aceptada en el binomio vida-muerte, también lo es el desamor, conformando el equipo de temáticas recurrentes de este libro: vida-amor-muerte-poesía.

Quizá por ello sus poemas de amor poseen cierto erotismo frugal, por momentos adolescente desde la solidez de la edad, la experiencia, la calma, la profundidad, capaz de recorrer una historia de amor de principio a fin, del génesis al fruto, porque cualquier etapa es excusa usada por Juan Carlos para seguir creando. Como en el caso de los poemas sobre la vida, en los dedicados al amor hay una continuidad casi absolutamente cronológica, diría narrativa, que evoca esos poemas febriles de quien desea narrar el amor mientras ocurre, misterio inapresable, desea captar, capturar esa esencia, para conservarla en sus versos, sabiendo, como sabe, que es imposible.

Pero los imposibles le desafían y cuando afirma que es imposible escribir una palabra sin riesgo a la autocrítica, no se bloquea, no se paraliza sino que, como otros tantos obstáculos, se ve forzado a continuar escribiendo y si finalmente es condenado, será para ser, no para dejar de ser, es, al fin, para perdurar, así que renuncia a la perfección para

«ocurrir» en un mundo real, donde no es posible dibujar rectas perfectas.

Realiza confesiones íntimas (*cómo si no*), con muestras de una ternura desgarrada, en mitad de poemas que no lo aparentan, lo que exige una lectura calmada para no dejar escapar estas perlas de una profunda poesía vivencial agazapada tras poemas presuntamente humorísticos. Posee cierta callada intimidad que nos desvela su ser, su humanidad, incluso obscenamente, desprovisto de metáforas, desnudo, tal cual le gusta estar, hasta llegar a antropomorfizar conceptos abstractos porque para él todo es humano, porque Juan Carlos es humano, tal vez, parafraseando a Nietzsche, demasiado humano, donde todo habla, casi asambleariamente: inspiración, olvido, literatura, lenguaje, poema y poeta.

Intimidad como en ese poema a su padre, a sus orígenes, agradecido y humilde, con evidentes alusiones a sus ideas políticas sin permitir que su poesía caiga en ningún momento en simplificaciones abanderadas. Su poesía social no se ve invadida por el panfleto ni grandes proclamas con referencias a temas actuales sin caer en alabanza de la novedad por la novedad, sino que llama a la acción coherente, mínima, pero nunca insignificante, cargada de significado, de propuesta de cambio, de paso a la acción, pues como bien dice: podemos hacer algo... y se llama Poesía.

Abandona por momentos el tono jocosos o irreverente para derivar «sabio», consejero de vida, de felicidad, de amores, de poesía, armado de ironía, gracias a la cual ese reírse inteligente sitúa su sabiduría en un lugar amable, fraternal, de cierto comedido misticismo a la altura de la calle; su poesía repleta de humor (negro/blanco) se burla de la misma poesía y usa la mofa para hacer un poema, aunque

bien parece ser autoinfligida, pues se está haciendo poema. Bromea hasta con sus afirmaciones, como cuando dice «lo importante es llevar siempre la razón» que rememora «la cara del que sabe» que cantaba Amancio Prada, sobre letra de Agustín García Calvo, con quien Juan Carlos Ortega tiene tanto en común.

Bastantes de sus textos están escritos en segunda persona, hablándole a un lector porque sabe que será leído, tiene la conciencia de escritor que sabe que escribe, pero a su vez se habla a sí mismo en un ejercicio permanente de introversión o *auto-extro-versión versificante*. Con comienzos osados genera expectación que no satisface, pues incluso sus finales auguran una aventura post-poética a modo de advertencia o sugerencia, lo que nos impele a seguir leyendo. No teme visitar lugares comunes sin habitarlos, sin quedarse en ellos, porque ha superado esa necesidad de originalidad permanente que acaba por derivar en pandertería. Lugar común de hallarse aquí y ahora, que no es, así, común pues no existen idénticos dos aquí y ahora, siempre puntos diferentes del espacio-tiempo. El poeta se siente libre y vital, en este presente habitado por la palabra.

Dice intentar ser como todos, pero sabe que es diferente, pero diferente como todos, pues la diferencia es la esencia del individuo, en su caso es diferente y es poeta, por eso ve puzzles donde otros ven problemas y se pregunta qué va a escribir cuando por fin encajen todas las piezas y quienes tenemos este libro entre las manos sabemos la respuesta: no van a encajarle nunca, pues juega para que ese puzzle no se acabe, puzzle infinito de letras, sílabas, palabras, versos y reversos, puzzle cambiante cuyas piezas se precipitan por el acantilado de la poesía, de libro en libro.

OPTIMISMO RADICAL

Cuadernos del Laberinto

I

Cuadernos del Laberinto

COGIÓ EL TREN QUE IBA AL INTERIOR DE SÍ MISMO

Cogió el tren que iba al interior de sí mismo.
Estaba detenido en la estación «Toda una vida».
Se sentó junto a la ventanilla
para ver pasar las imágenes de su juventud.
El tren tardó un poco en arrancar.
Al principio fue subiendo la empinada cuesta
de la conciencia.
Fue dejando atrás antiguas exigencias
paisajes de autosuficiencia y autocontrol.
Vio pasar todo lo que se esperaba de él
hasta que finalmente el tren comenzó a detenerse.
Se mantuvo en el asiento preguntándose:
¿qué siente mi cuerpo?
Entonces apareció un sentimiento compasivo
que le ayudó a descender del tren.
¿Pero qué demonios es esto? pensó.
Aquí solo hay vacío.
Y de pronto comprendió que aquello era su esencia,
su desconocido yo
y por primera vez sintió el desafío
de vivir una vida propia.

OTRO DÍA DISPONIBLE

Otro día disponible
para descubrirme a mí mismo
para gozar salvajemente
de mis cinco sentidos
para saborear la libertad
para soñar con puertas secretas
que me lleven a una nueva dimensión
para celebrar lo que ocurra
aunque no ocurra nada,
no siempre se puede esperar un día apasionante.

Otro día disponible
para escribir poesía porque sí
sin esperar reconocimiento
ni siquiera el mío.

Otro día disponible para disfrutar
porque yo disfruto, sí, disfruto
de las nubes en el cielo azul
de los árboles frondosos
del valle que surca el río
de las cascadas
de los acantilados
y los pájaros que anidan en ellos
y también disfruto
al regresar a la ciudad
de la que he estado ausente.

Otro día disponible
para sentir que hay gente grande y hermosa
a mi alrededor,
para descubrir las huellas

que han dejado en mi alma.
Otro día disponible
para vivir.
¡Hay que aprovecharlo!

Cuadernos del Laberinto

ME SIENTA BIEN

Me sienta bien
confiar en la vida,
dejarme rodear por sus largos brazos,
dejarme besar por ella
como si fuese la primera vez.

Me sienta bien rendirme
reposar en su regazo
entregarme a sus caricias
dócil
despreocupado
desnudo
limpio de toda culpa
sin miedos, sin vacilación,
acogiendo el placer.

Me sienta bien vivir.
Me sienta tan bien...

ES SUFICIENTE

Tiempo de descanso
después de un día de trabajo,
libros,
unos zapatos cómodos
para pasear,
la mano de una mujer,
piel contra piel, su abrazo,
nuestro hogar.
Que quede algo de vida por vivir.
Es suficiente.

Cuadernos del Laberinto